

las empresas— así se debió charlar en la cubierta de los antiguos navíos exploradores, descubridores y conquistadores, en vísperas de zarpar, cuando aquellos mozos se repartían ya los sueños del botín, los tesoros del Cipango, las prodigiosas aceitunas de un entremés heroico.

A Mercedes Sanz, capitana de esta segunda expedición de los Coros y Danzas de la S. F., la conocía superficialmente, Castilla en Medina—donde murió Isabel, donde César Borja se casó la pierna, quizá para que yo viera la huella de su fractura en el zacarrón desenterrado en Viena— y Consejera de la Sección Femenina en Sevilla y Oviedo. Rubia, blanca, alta, la voz aguda y catalana, junto a una sonrisa casi permanente. Dueña de sí, realista, protocolaria y a veces excesivamente fantástica.

La extensa sobremesa disolvió al grupo. Unas se fueron al teatro; otras, de paseo. Se veían ya chicas por los pasillos de la bodega y en cubierta había algunos equipajes, entre ellos el mío. Saludé al capitán. Ya hablaré de él después de este abrazo. Fui presentado al primer oficial y luego me fui a callejear con mis camaradas de «Hierro». Luego nos quedamos solos Cepeda y yo. Luego, dale que te pego a la charla y a la curiosidad, naufragamos en las Siete Calles, en una especie de romería entre báquica y sentimental. Cantamos a coro. Nos habíamos encontrado con Cors y Ríus, dos músicos catalanes de los que en el año anterior acompañaron al grupo de Lérida. Se habían enganchado nuevamente, junto con Calavera y Rudols. Tomamos unas copas, brindamos por el viaje que debía comenzar, por el regreso navideño. Entonces no cantamos, pero ahora Cepeda y yo sí que cantábamos junto a una mesa de «piripis» que jugaban al mus. Hablamos de fútbol; se disputaba por los resulta-

dos y los jugadores. El domingo daba vueltas, se tambaleaba borracho perdido. Las calles exhalaban un tufo agrio, de sudor, de fondo de bodegas, de porquería, de alpargata bailona, de todo eso tan dominical y espeso. Se oían risas, cánticos, gritos, y en el lento oscurecer de una tarde maravillosa se veían algunos balcones abiertos, con las persianas corridas sobre la barandilla velando la luz de la habitación. Los portales de esas casas eran discretos, muy transitados y oían a zotal. En una iglesia tocaron a Rosario o a sermón, o a lo que fuera.

Hacia las diez, con todo este domingo de marineros, pelotaris, empleadillos y chachas a la espalda, me fui a la Escuela de Hogar para la cena. Lloviznaba tenuamente. Pilar y sus camaradas me estaban esperando. Desde los ventanales del comedor podían verse las luces del barco. Casi fué alucinante al escuchar la dulce bendición de la mesa, después de una tarde en la que la parte más roñosa de Bilbao se me había mostrado tan a las claras, tan transparentemente. Vista y no vista con esos sutiles ojos que dan las despedidas. Fuimos a casa de Jenaro Riestra, el Jefe Provincial y Gobernador, y allí la charla daba brinco de saltimbanqui; tan pronto estaba en Lima como en Gallarta, en el año treinta y tres, como en las previsiones del cincuenta, en el frente de Asturias, como en un centro cubano. Faltaba poco para la una cuando nos fuimos hacia casa.

En un farol de la plaza Moyúa meditaba un borracho. Hablaba suave, confidencial, tierno. Le resbalaban las palabras y él mismo resbalaba dulcemente agarrado al farol. Quedó a los pies de la luz como un perrillo, quieto, tranquilo. El domingo se había dormido, se había muerto. Sin querer saber nada de aquello me metí en el hotel.